



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La madrastra. — Al pié de un sauce; poesía. — Los bienaventurados. (Continuación.) — ¡Suspira y llora! poesía. — Modas. — Explicación del pliego de dibujos.

LA MADRASTRA.

Lo primero que se nos ocurre al ver un niño enlutado es si se le ha muerto su madre. — «Es su padre,» — contestan; y aunque la pérdida es terrible, parece que nos consuela que no haya sido la que le alimentó con el jugo de sus entrañas y el calor de su seno.

Pero cuando oímos decir: — «¡Ese pobre niño no tiene madre!» — nos estremecemos involuntariamente, y por un impulso de ternura y compasión, le cojemos en nuestros brazos, y oprimiéndole contra el pecho, parece que queremos defenderle del incierto porvenir que le amenaza.

Miramos los negros crespones que rodean su cabecita infantil como una aureola de martirio

ó una corona de sufrimiento y triste abandono.

Se nos figura ver en aquella mirada tierna é inocente el llanto de una desolación sin tregua, de una eterna melancolía, de un incurable y agudo dolor.

Vemos en su frente, blanda y suave, un sello de infortunio, un anatema de pesar y una sombra opaca y fría, como la parda nube que en una tarde de enero asoma su cabeza gigante por detrás de una oscura roca.

Entonces estrechamos aquellas manecitas, que cual dos copos de nieve, caen en las negras vestiduras, como las cédulas de soldado en el corazón de dos madres desvalidas.

Todo el conjunto de un niño huérfano es más desesperado y funesto que el del naufragó arrojado en una isla desierta entre chacales y panteras, que ahullan á su alrededor en espantoso festín.

Nos parece que aquel ángel de pureza ha sido lanzado del cielo para caer rudamente en la tierra.

Creemos ver una planta aromática y delicada, luchando en una colina con el huracán que la balancea á su antojo, haciéndola chocar á cada paso en las duras piedras de un castillo, insensible á aquellos golpes furiosos.

Nos parece un morado lirio, nacido en oculta almena, atormentado de continuo por los aleteos y chillidos de las pavorosas aves nocturnas, que le disputan el hueco donde echó sus raíces y su flor, para morir en seguida en la soledad amarga.

Le miramos como un esquife sin velas, que lanzado en alta mar en un día de tormenta horrorosa, lucha desesperado con las olas para venir á estrellarse en algún pico gigante.

Juzgamos ver un caminante perdido en medio de las montañas, con un precipicio á cada paso que quiere avanzar, y una muralla de zarzas y espinos donde quiera que cree entrever la senda perdida.

No queda pintura desolada ni cuadro de consternación donde no encontremos un símil al niño huérfano.

Si llora, despedaza nuestro corazón.

Si rie, nos destroza su risa.

Si llama á su madre, nos estremece.

Si no la llama, nos conmueve y devora su olvido.

Pero cuando oímos esclamar:— «Tiene madrastra,»—entonces no encuentra límites nuestro dolor: nos estremecemos; miramos aterrados al niño y rompemos á llorar como si viéramos una víctima con el verdugo que le acompaña al patíbulo.

Es tan exagerada y antipática la idea que el mundo tiene formada de la madrastra, que no hay nombre ni tipo odioso que estremezca y aleje como ella.

Su papel es tan difícil y su misión tan árdua y espantosa, que es necesario en la mujer un valor á toda prueba, un despecho y arrojo temerario ó un amor sin límites al padre para adoptar los hijos que otra ha arrullado y que han de mirarla siempre como un enemigo invasor que viene á hospedarse en terreno que no le pertenece.

El marido la observa de continuo, el mundo la mira receloso y aquellos tallos de otra rama con la desconfianza y el desamor eterno.

Crean invadido el sagrado lecho de su madre por una oruga venenosa que trastornará la razón y hará olvidar á su padre aquella mujer pura y virtuosa, que le dió las primicias de su amor con la dulce ternura de los ángeles.

Ven en el hogar doméstico una planta ajena, desagradable y fría, á quien en vano se esforzarian en amar, porque sería difícil, si no imposible, la afinidad de aquellos corazones, el enlace sagrado de la amistad, el parentesco del cariño donde falta el de la sangre.

Cada acción de la madrastra es un anatema de culpa; cada mirada severa un sambenito de horrores; cada voz de mando un cañonazo de guerra; cada reconvencción ó castigo una herejía meditada y un despotismo cruel.

Nunca suena su voz agradable; siempre es ronca, chillona, destemplada.

Jamás son razonables sus determinaciones. Todo se mira como una tiranía.

Como mira una república á su representante cuando se eleva á emperador, castigando apóstata é impío á los mismos que le elevaron y le engrandecieron.

Con más horror que vé el africano libre el pálido rostro del blanco que le persigue con el látigo para esclavizarle sin piedad.

Aun más horrorizado que el pueblo pacífico que vé de repente un usurpador á las puertas de su tranquila morada.

Todo esto y más se cree de la madrastra: necesario es tanto talento como virtud en la mujer para que desaparezca ese padron odioso y haga del hogar doméstico un lugar tranquilo, y de los hijos de su antecesora unos tiernos amigos que la respeten y amen.

Son raras las escepciones en este género; sin embargo, las hay, y cuando las hallamos nos conmueven bastante.

Esto es más difícil todavía cuando la madrastra tiene sucesión: el amor materno la hace ser injusta, y á veces hasta cruel.

Arrulla á su hijo sin cesar; lo muestra al padre llena de orgullo; quiere que este no tenga ojos ni oídos para otra cosa; y en su egoísmo de madre, quisiera alejar de su esposo todos los objetos del mundo para que solo viese y estrechase en sus brazos el pequeño ángel por quien ella delira.

Esto casi merece disculpa, casi se miraría sin prevención si no fuese porque ataca la paz de otros inocentes, tan acreedores á la compasión como al amor de su padre y de todo el mundo.

Aquellos desgraciados ven extinguirse día por día el cariño del que les diera el sér, y cuando se aperciben de esta desgracia, beben la esencia del odio para la mujer que supo arrebatárselo.

Sin embargo, aman aquel niño, manzana de discordia, que sin saberlo, trae á la casa la desavenencia, el desórden y la intranquilidad.

Y todo ¿por qué? Por no tener la mujer suficiente dominio sobre sí misma para disimular sus maternales afectos, y compartírllos con creces, si es posible, entre aquellos inocentes, que tanto necesitan de la solicitud de una mujer que les haga olvidar los tristes dolores de la orfandad amarga.

¿Qué misión más bella que la de hacer bien á los desvalidos? ¿Y quiénes lo son más que los niños sin madre? Y siendo la misión de la mujer practicar acciones generosas y amparar á los desgraciados, ¿cómo no se esmera la madrastra en formar un pequeño paraíso alrededor de los hijos de su esposo?

Si ama á éste, ¿cómo no ama su sangre? ¿Cómo no hace felices los herederos de aquel hombre que aceptó en los altares, jurándole una felicidad que destruye luego?

¿Por qué no forma su estudio para fraternizar con aquellas almas, que tiernas é impresionables esperan el beso de ternura que ha de enjugar el lloro de su triste desamparo?

Si la madrastra no tiene corazón, tenga al menos talento, y que este supla esa viscera preciosa, que tanta falta debe hacerle al enlazar su destino con el hombre que lleva las negras gasas de la viudez.

Si no sabe sentir, que finja al menos: preferible es esto á la desavenencia continua, á la reyerta sin tregua que reduce el hogar doméstico apenas pone la planta en él.

La madrastra ha de ser más buena aún que la madre para borrar su anatema.

Una madre castiga á sus hijos, los golpea si es preciso; estos lloran, se desesperan y gritan, sin que nadie esclame horrorizado: — « Esa es

una mala madre. » — Siempre culpa á los hijos como perversos y desobedientes, porque es sabido que la maternidad pone á cubierto de esos juicios extremos que siempre se fijan en la madrastra, escarneciéndola y culpándola de continuo.

¿Y por qué la mujer, en todas las situaciones de la vida, no forma su estudio en hacerse amar de los que la rodean?

Porque las más se aman á sí mismas demasiado para ocuparse del sufrimiento que tienen los otros.

Hemos visto madrastras que á muy poca costa hubieran pasado por buenas, y que sin embargo prefirieron superficiales caprichos, sin cuidarse en nada de aquella colonia de infelices que Dios había puesto á su cuidado.

Las hemos visto que por halagar el gusto de un hijo propio, han castigado á los de su esposo despiadadamente, sin considerar que más tarde podían traer sobre todos ellos la tea de la discordia.

Y las hemos visto también solícitas y buenas como ángeles, y virtuosas y sufridas como santas.

Acaso han abusado de estas últimas, porque los niños, desde que nacen, desean dominar, y se llenan de altivez y cólera cuando encuentran un sér débil donde ejercer su dominio.

Entonces la madrastra hace la víctima; mas es preferible esto á llevar el nombre de despiadada y cruel.

Creo, sin embargo, que ni lo uno ni lo otro es necesario. Hay modos de contrariar á los niños y quitarles sus caprichos y soberana voluntad, sin que ellos se aperciban de que les mandan y les corrijen.

Saberlo ellos, sería la declaración de guerra que queremos evitar.

Estamos en la persuasión de que no hay papel en el mundo de más difícil desempeño que el de una buena madrastra, si sus propios instintos no la llaman al bien; pero ya hemos dicho que la que no sepa sentir, sepa estudiar al menos y sobrellevar los caracteres con santa abnegación y esfuerzo infinito.

La mujer que no cuente con cabeza ni corazón, huya de contraer un lazo que oprimirá

mañana su cuello como una pesada cadena de duro hierro.

No sé por qué se han empeñado todos los seres en elegir iguales caminos cuando tanto distan de algunos, y tanto deben huir de emprenderlos.

Conozca cada mujer á dónde llegan sus fuerzas y su penetración, y procure sostener tranquila y feliz la familia que se le confía.

ROGELIA LEON.

AL PIÉ DE UN SÁUCE.

Allí está, bajo la losa
De blanco y pulido jaspe,
Dormidito al rayo tierno
Del lucero de la tarde,
Al suspiro melodioso
De los céfiros del valle,
¿Por qué tienen voz tan triste
Los vientos al arrullarle?
Está dormido entre flores
Como en el jardín las aves,
Que yo le hice cabecera
De rosas y de azahares.
Ya va cundiendo la sombra,
Ya triste la luna sale,
Ya los rumores espiran,
¿Tu sueño es largo, mi ángel!

Despierta luz de mi vida:
Silba dolorido el aire,
Negra la noche descende
Con mudo silencio grave:
Miedo me inspiran las sombras
Que aquí á mi alrededor esparce,
¿Cómo he de cruzar el bosque
Lleno de enebros gigantes,
Que espectros torvos parecen
Que aguardan al caminante?
¿Cómo he de cruzarle sola?
Despierta, mi bien, no tardes:
Oyendo tu voz alegre,
La dulce risa mirándote,
No temeré, ¿no despierta!
¿Tu sueño es largo, mi ángel!

Mira que á contarte vengo

Penas que el alma me parten.
¿No me amas ya, vida mía,
Que no quieres escucharme?...
¿Cómo ha de escucharme ¡oh triste!
Si ya del mundo distante
Será el arcángel más bello
De los coros celestiales?
Losa de muerte es aquella
Que baña el albor suave,
Y un suspiro de las tumbas
Ese cierzo sibilante:
Así tan yerto se agita,
Y son tan tristes sus ayes;
Duerme en paz, duerme á su arrullo.
¿Tu sueño es largo, mi ángel!

ELENA G. DE AVELLANEDA.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

CUADRO I.

Los pobres de espíritu.

(Continuación.)

Alejo se volvió rápidamente como si le hubiera picado una víbora: es decir, le hicieron caer del séptimo cielo; y á no ser el recién llegado quien era, de seguro le pone de epístola y Evangelio, por aquella regla adicional de los mandamientos de la ley de Dios que dice: *El undécimo, no estorbar.*

Esta tercera figura del cuadro, querido lector, se presta á la estadística más interesante, y te suplico la mires con detenimiento porque ha de dar gran vida y animación al grupo de nuestro lienzo; y aunque me propongo hacerte su retrato más adelante, bueno es que sepas que el recién llegado era ni más ni menos que el intrépido Juan de la Tenaza, amigo inseparable de Alejo, compañero de letras y fatigas, casi un hermano, puesto que siempre habían vivido juntos, comiendo á una misma mesa cuando tenían que comer, y durmiendo en una misma cama cuando tenían cama, que en caso contrario solía suplir la falta el santo suelo.

Alejo suspiró de una manera enorme cuando oyó la palabra *tórtolo*, escapada de una voz tan conocida, y disimulando su mal humor, trató de sonreír al recién llegado, no sin arrojar una última mirada de despedida al lindo rostro de los ojos azules, que había ya desapa-

recido como por encanto, cosa que en vez de hacer sonreír á Alejo, le obligó á adoptar el aspecto feroz de la tragedia, y á decir á Juan Tenaza con voz sepulcral:

—Mónstruo...—; Me la has espantado!

III.

Fué una atrocidad distraer al pobrecillo: se hallaba en sus glorias; es decir, se encontraba en ese estado feliz de bienaventuranza en que los hombres se olvidan, no solo de las honras y de las riquezas, aun moderadas, sino hasta de comer: era la figura inefable de un dichoso pobre de espíritu.

Juan Tenaza se opimió los hijares para contener una tremenda esplosion de risa.

—¡Estás enamorado!—esclamó.—Hé aquí por lo que se habia multiplicado tu apetito. ¡Diablo! ¡Esa chica de los ojos azules te hace el efecto de los pepinillos en vinagre!

Alejo miró á su amigo con ojos estraviados. Era una manera estraña de raciocinar la suya. ¡Atreverse á decir que aquella virgen de cabellos rubios y ojos azules le producía el mismo efecto que los pepinillos en vinagre! ¡Horror!

—En fin,—añadió Juan Tenaza con mucha prosopopeya.—Esto no puede seguir así... Te encuentro bestialmente enamorado... ¿No es verdad?

Alejo hizo un gesto afirmativo.

Juan Tenaza se sonrió.

—Oye, desventurado,—le dijo.—¿Sabes quién es tu novia?

—¡Mi novia!—esclamó Alejo estremeciéndose.—¿Cómo he de saber yo quién es si no la he hablado en mi vida?

¡Diantre! ¿no la has hablado?

—¡Ay! nó.

—Esto es grave. Atiende, hijo mio, y procuremos cuanto antes tomar las de Villadiego: tu novia es inmensamente rica.

—Lo sé.

—Y noble.

—Lo sé.

—Es hija única de un marqués, senador del reino, general y viudo.

Alejo se puso más pálido que la muerte. Juan Tenaza se le colgó del brazo, y añadió:

—Ya estamos aquí de más, ¿no es eso?

—Sí, sí,—esclamó Alejo.—Me voy al Canal. Ya veo que el lindo rostro de los ojos azules no puede ser para mí. ¿Quieres suicidarte conmigo?

—Gracias. ¡Morir tragando bocanadas de un agua infecta y nauseabunda! ¡Puf!

—En ese caso voy á proporcionarme una toma de ácido prúsico.

Juan Tenaza se empezó á pellizcar la oreja izquierda: era señal de que meditaba. Al cabo

de un pequeño intervalo de silencio, dijo á su amigo:

—En cuanto al suicidio, no tengo inconveniente en acompañarte con tal de que se reemplace tu maldito ácido prúsico por unas cuantas botellas de prosáico Valdepeñas. Esto es imposible, porque el termómetro de nuestros bolsillos está á menos que cero.

Alejo suspiró. Su amigo tenia razon.

—En cuanto á la novia,—prosiguió Juan Tenaza con una sangre fria admirable,—me parece bastante linda, y no extraño que te hayas enamorado de ella brutalmente. Vaya, pobrecillo, entona el *Gloria in excelsis Deo*. Te voy á casar con esa muchacha.

Alejo empezó á hacer unos visajes horriblos: quiso reír, quiso llorar, y hasta le dieron ganas de abalanzarse al cuello de Juan Tenaza y ahogarle de alegría.

—¡Que me vas á casar con ella,—balbuceó.—¿Estás en tu juicio?

Juan Tenaza se puso más sério que un diplomático, se llevó la mano derecha al corazon, y dijo gravemente:

—Te doy mi palabra de honor.

Alejo no se pudo ya contener: empezó á brincar como un corzo, se arrojó al cuello de su amigo, y le hubiera estrangulado seguramente, á no haberle dicho muy quedito Juan Tenaza:

—Apártate de mí, pecador. ¿No conoces que *ella* nos estará mirando?

Alejo se sosegó como por encanto, y su amigo se le llevó hácia casa, lo que le costó más trabajo que si hubiera tenido que remolcar una carreta á pulso.

Dejémoslos seguir su camino en paz y en gracia de Dios, y aprovechemos este momento en que los vemos marchar unidos para hacer un ligero diseño de Juan Tenaza; operacion de suyo tan importante, que sin ella apenas tendrá colorido propio este lienzo.

Juan Tenaza era como Alejo, un buen muchacho y un guapo mozo. Tenia unos bonitos cabellos negros, y unos dientes blancos y afilados como lancetas, razon por lo que decia su patrona: *que para tales dientes no habia pan duro*, y eso que el que ella le daba diariamente contaba la edad venerable de diez ó doce dias posteriores á la cochura.

Escusado es decir que con tan hermosa dentadura se estaban sonriendo siempre los labios de Juan Tenaza, con el fin de enseñársela, no á los hijos de Adam, sino á las hijas de Eva, de quien fué siempre adorador sumiso, esclavo afortunado y galanteador universal, tanto que cuando le preguntó una vez el maestro en la escuela qué cosa era caridad, respondió con mucha sorna: *Amar á Dios sobre todas las*

cosas, y á una mujer más que á todos los hombres, de cuya regla dedujo más adelante, que si amar á una era tan bueno, amarlas á todas sería infinitamente mejor.

(Se continuará.)

¡¡SUSPIRA Y LLORA!!

A orillas de un arroyo cristalino
que baja de la Alhambra encantadora,
una niña de rostro peregrino
suspira y llora.

Partió el doncel de irresistible encanto
por quien su ardiente corazón delira:
y al verle ausente, como le ama tanto,
llora y suspira.

Fuese á la guerra á pelear valiente
contra las huestes de la gente mora:
desde entonces la niña, tristemente
suspira y llora.

Canta sus penas con horrible duelo
al grato acento de su dulce lira:
¿No la veis? Con amargo desconsuelo
llora y suspira.

¡Pobre niña! En su célica mirada
se retrata el afán que la devora.
No puede sufrir más: y acongojada
suspira y llora.

Pues si bien el cariño de su amado
gran confianza y lealtad le inspira,
como lejos se encuentra de su lado,
llora y suspira.

Al fin su amante de Granada un día
cruza la vega al despuntar la aurora.
¡Miradla qué feliz! Ya de alegría
suspira y llora.

Quiere abrasar con su mirar de fuego
á su doncel que ante sus plantas mira.
El también de placer, de amores ciego,
llora y suspira.

MANUEL ALBO.

MODAS.

Correo de señoritas.

Venid, elegantes, y antes de empaquetar vuestros equipajes, venid conmigo á despojar el jardín de la moda de las más bellas flores de la novedad y el capricho.

Escojed un traje todo de una tinta, que es de una perfecta distincion y de una fresca esquisita.

El adorno no se escluye en estos trajes; y despues de haber sacado gran partido de la clavería de acero y de las franjas de felpilla, hé aquí el turno del escocés y de la franja Thibet.

Los adornos escoceses sobre el cañamazo granadino, sobre la alpaca y el mohair, reproducen trajes sencillísimos y de brillante colorido.

Se componen de una falda y un sobretodo Luis XIII ó Luis XIV, semiajustado. Estos sobretodos tienen adornos fontanges de cinta en la espalda, ú hombreras de encaje y olas de terciopelo. Se suprime el cuerpo del vestido, reemplazándolo con una camiseta de foulard ó una camiseta rayada de entredoses de Valencienes, ó por una camiseta napolitana de lana batista, que tiene una pieza de antiguo guipure de Venecia fabricado en el Vosges, obra de encantadoras, cuyo secreto se acaba de descubrir.

Con seis trajes diferentes puede una bella partir atrevidamente desafiando la moda y las exigencias consiguientes al título de elegante.

Cuando el disco luminoso deslice sus diamantinos rayos sobre las diafanas aguas que han de devolver la salud ó conservar eternamente la hermosura, se verán pasear los lindos sombreros que voy á describir:

Un Increíble de paja Habana, doblado al interior de un plegado de tafetan, con escarapela de cinta, reteniendo una pluma de avestruz de igual tinta, y un velito negro de encaje.

O bien otro Increíble de paja China, con copete muy alto, bordeado de terciopelo negro, adornado de una doble mazorca de cinta negra y de cinta verde, sujetando un puff de plumas de pavo, que descienden como huyendo.

O si nó el sombrero Mademoiselle ó el Florian.

El primero en paja de Italia, doblado de tafetan negro y levantado por el lado, con escarapela de plumas negras, y tres plumas de pintada, superadas de un penacho de plumas de pavo.

El Florian de paja de Italia ó de arroz crudo, doblado, del matiz que siente bien, con yerba ó guirnalda de flores.

¿Verdad que son graciosos y que os inducen á caer en la tentacion? Pues tienen el don de rejuvenecer, quitando lo menos diez años.

Como confeccion de playas marítimas ó de

aguas termales, es elegantísimo el spahis de encaje de yak blanco y negro.

Las rotondas están bordeadas de un volante, y los albornoces spahis tienen bellísimas borlas de seda Thibet.

Las telas á la órden de moda, son el cañamazo de lana, reemplazando al barege, y la gasa de Chambéry á rayas y cuadros de todos colores.

Para la orilla del mar señalo dos nuevas confecciones:

El Gondolero y el Caidji, copiados é imitados de la góndola veneciana y el caíque musulmán, amarrados en Fontainebleau entre la flotilla de la Emperatriz.

También se preocupa la moda de los trajes para entrar en el mar. Es absolutamente preciso mostrarse con todas sus ventajas, y adoptar para esto uno de los tres trajes siguientes:

Zuavo, griego ó marinero.

El zuavo obtiene grande éxito encarnado y blanco, ó blanco y encarnado. El griego en negro, con ancha greca de color soutaché. Y el marinero, azul oscuro con áncoras blancas. Para estos trajes acompaña un sombrero á guisa de gorra, denominado Bonnard.

¿Recordais aquel sombrero de viaje que se plega en cuatro dobleces y se pone bonitamente en el saco de noche?

Los trajes de baños ofrecen un visible contraste con las crinolinas. La bella de por la mañana, está muy lejos de asemejarse á la bella de por la tarde.

A propósito de crinolina; se procura cuanto es posible mejorar la anchura de las enaguas. Hay una especie de guarnición eólica que reemplaza los resortes de acero.

Tengo á la disposición de la moda dos nuevas franjas: la franja Thibet, toda blanca, toda negra ó mezclada de negro y blanco.

Y la franja muletera, descendiendo en dos bolas suspendidas.

Pero la gran fantasía del día, la protegida de la moda y la elegancia es el escocés. Los cinturones escoceses, tienen hasta un metro, 20 centímetros de anchura.

Para la estación de otoño hay foulards escoceses destinados á seguir la moda y la fantasía.

¿En qué consiste el entusiasmo que escita el foulard? En su frescura, su ligereza, y sobre todo su economía. El mismo Schanghai, que cuesta ocho francos el metro, no es un traje muy costoso, porque con nueve metros se obtienen falda y paletot. Actualmente abunda el Schanghai en tinta lisa ó á rayas y cuadros.

Para su estancia en Fontainebleau, se ha dignado S. M. la Emperatriz, elegir un traje de color Schanghai, gris doncella, un azul único, el color de sus ojos.

La Reina de Prusia se ha hecho llevar hasta

seis trajes en Schanghai, y en foulard de la India más ordinario.

Sabed (me dirijo á los lectores), que algunos elegantes del galante sexo, llevarán este año para el campo trajes de foulard blanco, gris, maiz, malva ó verde tierno, el Florian puro.

Las vanidades masculinas pueden competir con las nuestras.

Para que la atenta mitad del género humano no tache de ingrata á la moda femenina, hé aquí la teoría del chaleco y de la corbata para hacerlas valer en práctica.

Cada chaleco tiene su significación personal.

Chaleco enteramente blanco: visitas oficiales y sin consecuencia.

Blanco pajado fuego: centellas de pasión y bombas fulminantes.

Idem de color aurora: el sentimiento que empieza á nacer.

Chaleco malva: ilusión, poesía, estrellas y luna clara, la margarita que se deshoja.

Chaleco azul: ternura, simpatía, dos corazones que empiezan á comprenderse.

Chaleco rosa: ramillete á cloris, églogas é idilios.

Chaleco maiz: la expresión de la moda, del chaleco bien hecho, y del corazón que busca un ideal.

Chaleco negro: los adioses, el final del romance.

Nada más expresivo que las corbatas franjeadas que enebren los jóvenes en una sortija.

En nuestro deseo de imitar á los hombres del gran mundo, llevamos como ellos idénticas corbatas y los mismos pañuelos de batista con rayas de color tejidas en la misma tela.

Los pañuelos obtienen gran suceso para el campo, la orilla del mar, y las escursiones á los bosques.

El pañuelo Sporman, se transforma para nosotras en pañuelo amazona.

Cada traje exige su pañuelo especial. Los trajes á laos Wateau, tienen pañuelos bordados de lazos que contienen nidos de pájaros-mosca en un hoyo de flores.

Aunque el pañuelo perfumado sea un objeto de lujo ó de coquetería, al imprimir en él la esencia que se prefiere, se reaniman los recuerdos, porque los perfumes tienen la misión de hablar al corazón y á los sentidos.

El ramillete á la moda se apellida del mundo elegante.

El agua de tocador á la violeta para lociones refrescantes.

La esencia de violeta para el pañuelo; el jabón de mil flores, y unos polvos nuevos dentífricos llamados lacteine, que no alteran el esmalte de los dientes, son productos recomendables por su superioridad y excelentes efectos.

El Agua de la Florida tiene grandes enemigos,

y sus rivales, con el objeto de desacreditarla, han declarado que contenia acetato de plomo, y que no se componia solo de plantas exóticas y saludables, sin tener presente que en medicina se usan mucho los venenos repartidos en pequeñas dosis.

El Agua de la Florida ha obrado mil curaciones maravillosas.

Del mismo modo ha procedido sobre las cabezas políticas, sábias ó serias, que sobre las vanidosas y ligeras, que desean permanecer jóvenes para continuar el romance de la vida.

Con respecto á obrar sobre la barba y las cejas, ella misma responderá hasta donde estiende sus prodigios de coloracion.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

PRIMER LADO.

Núms. 1 y 2. Cuerpo para vestido de niña de cinco años, puede hacerse en piqué blanco ó mahon, bordándolo con trencilla negra.

3. Dibujo de trencilla para el bajo de la falda.

4 y 5. Cinturon bordado con trencillas para niño, se lleva con una blusa suiza y falda de color.

6. Hombrera para el cuerpo de niña.

7. Entredós para la cintura.

8, 9 y 10. Cuellos y puños iguales para bordar á plumetis.

Estos dos cuellos se bordan separadamente y despues se ponen uno sobre otro, el puño se hace sobre tela doble.

11, 12 y 13. Cuellos y puños del mismo género que los anteriores.

14. Esquina de pañuelo en aplicacion de batista sobre tul de Bruselas, ó á plumetis sobre muselina.

15. Otra esquina de pañuelo á plumetis, bordado sobre el dobladillo.

16. Entredós á punto ruso.

17. Punta de corbata para señora, bordada en aplicacion sobre batista.

18. Otra punta de corbata, bordada con trencillas y feston.

19 y 20. Nombres.

21. Alfabeto completo para pañuelos.

22. Representa un portamonedas. El fondo es de piel de un color gris, le rodea una aplicacion de terciopelo negro, sobre el borde de

cual se pone una trencilla de oro. El dibujo de enmedio se ejecuta con la misma trencilla.

23. Representa un canastillo para targetas. Para ejecutar esta labor se corta un carton de la medida que se quiera hacer y se forra con una tela de seda. Suelen vender armados estos canastillos en los almacenes, y si no se encuentra es sumamente fácil preparar un armazon de alambres en la forma que representa el modelo; se forran estos con una cintita estrecha, redeándolos despues de cuentas blancas que ya se tendrán metidas en un hilo.

Despues se hace una redecilla de cuentas y alambre dorado muy fino para cubrir cada uno de los espacios que forman los fondos de los lados. Concluyendo por adornarla todo alrededor con gruesas cuentas de Alemania.

SEGUNDO LADO. — PATRONES.

Representan un cuerpo de punta con aldeta postillon, y un patron de capucha para baños de mar.

Núm. 1. (Devant) delantero del cuerpo postillon.

2. (Dos) espalda.

2. (Bis) costadillo de la espalda.

3. (Manche) manga.

4. (Devant de la pelerine) delantero del capuchon, que siguiendo las líneas viene á formar la espalda donde dice *dos de la pelerine*.

5. Cuerpo del capuchon.

6. Vuelta del capuchon.

Las letras indican la union de las piezas.

Traduccion de las palabras francesas que no están comprendidas en la explicacion anterior.

Garniture simulant la veste, guarnicion figurando el chaleco.

Coté du dos, cortadillo de la espalda.

Dessus, alto.

Dessous, bajo.

Revers du capuchon, vuelta del capuchon.

Fronces ou coulisse, frunces ó jareta.

Plis creux, doblez ó pliegue hondo que forma la aldeta entre la espalda y el costadillo de cuerpo postillon.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretit de los Consejos, 3, principal.